

aunque menos delegados que UGT, el fracaso del AES, el cambio de coyuntura económica, las nuevas perspectivas de la negociación colectiva, la renovación del equipo dirigente en el IV Congreso, explicitado en el relevo de Camacho por Antonio Gutiérrez, el desarbolamiento de la oposición carrillista y la profundización en las políticas económicas de corte neoliberal por parte del gobierno socialista. Esto último terminaría por forzar el cambio de postura en UGT y avanzaría el éxito de la huelga general del 14 de diciembre de 1988, convocada contra la propuesta del Plan de Empleo Juvenil y responsable, en gran medida, de la recuperación de la unidad sindical.

La «síntesis entre reivindicaciones pendientes y un programa socioeconómico orientado a combatir la igualdad» que supuso la Propuesta Sindical Prioritaria (PSP) estaría en el trasfondo de las importantes conquistas sindicales obtenidas tras las negociaciones del primer trimestre de 1990, que se tradujeron en una expansión notable del gasto social. Pero ambas centrales, a juicio de Gimeno, no supieron aprovechar el avance que suponía dicha conquista. Finalmente, las mieles de aquel cierre de los 80 no tardarían en dar paso a las hieles de la nueva década: la recesión económica, las tensiones internas suscitadas por el V Congreso y el abandono, por parte del gobierno, de su prometido «giro social» obligarían a CCOO a pasar de nuevo a la defensiva y a experimentar, ahora sí, los límites de la movilización social. En definitiva, el libro de Joan Gimeno no solo se inscribe entre los pioneros en el estudio de la trayectoria y el papel de las organizaciones sindicales en la España democrática, sino que puede alentar futuras investigaciones que contribuyan a rellenar este vacío historiográfico.

Enrique Berzal de la Rosa  
Universidad de Valladolid

Sara SANTAMARÍA COLMENERO

*La querrela de los novelistas. La lucha por la memoria en la literatura española (1990-2010)*  
Valencia, PUV, 2020, 337 pp.

Una parte muy considerable de la memoria histórica, o si preferimos otros términos más o menos sinónimos para el caso, de la historia pública o la memoria colectiva de cualquier sociedad pasa por su producción cultural, y dentro de esta especialmente la literaria. España no es una excepción. El conocimiento de la Guerra Civil y la dictadura de Franco que tienen muchas españolas y españoles debe más a los libros de Juan Marsé, Carmen Martín Gaité, Luis y Juan Goytisolo, Dulce Chacón, Isaac Rosa, Benjamín Prado, Alberto Méndez, Ignacio Martínez de Pisón, Almudena Grandes, Antonio Muñoz Molina, Andrés Trapiello, Rafael Chirbes o Javier Cercas, a *bestsellers* de novela histórica, como *Entre costuras* (2009) de María Dueñas, o *Palmeras en la nieve* (2012), de Luz Gabás, y a sus transposiciones televisivas o cinematográficas, que a la educación o a las aportaciones de la historiografía. Lo mismo podría decirse de películas como *Canciones para después de una guerra* (1976), de Basilio Martín Patino, *Las largas vacaciones del 36* (1976), de Jaime Camino, *Tierra y Libertad* (1995), de Ken Loach, *Libertarias* (1996), de Vicente Aranda, *La lengua de las mariposas* (1999), de José Luis Cuerda, *Las 13 rosas* (2007), de Emilio Martínez-Lázaro, *Pà negre* (2010), de Agustí Villaronga, *Mientras dure la guerra* (2019), de Alejandro Amenábar, o la reciente *Madres paralelas* (2021), de Pedro Almodóvar, por citar solo algunas entre las que obtuvieron mayor recaudación en las salas. Como tampoco podría hacerse una historia del recuerdo y el olvido de la guerra y la posguerra en la Transición sin estudiar la colección Espejo de España de Planeta, porque como entonces declaraba su editor, José Manuel Lara, «Franco es el primer vendedor de libros de España».

De hecho, la historia profesional ha tenido un alcance social limitado hasta hace no mucho tiempo, con pocas excepciones, y solo desde me-

diados de la década de los noventa aparecieron títulos que pudieron competir en ventas con la literatura, tanto en forma de novela histórica como de historia más o menos novelada, con la historia hecha por periodistas o con el éxito de algunos autores neofranquistas. No es de extrañar que el surgimiento del movimiento de la memoria histórica nos pillara a los historiadores con el pie cambiado, y que llevara a posiciones defensivas en un debate ya en gran parte superado, o al menos eso creo. Que la historia y la memoria sean cosas distintas no significa que la primera pueda concebirse sin la segunda, aunque la memoria colectiva sí puede, y por desgracia lo hace a menudo, obviar la historia o instrumentalizarla a su antojo, como podemos ver una vez más con trágicas consecuencias. Como señala la autora (p. 19) citando a Benedict Anderson, *la novela juega con la ventaja de hacer posible la imaginación de un tiempo histórico y de establecer una continuidad –sentimental, moral– del pasado con el presente de una comunidad nacional*.

En fin, toda esta reflexión viene a cuento, nunca mejor dicho, de un libro sobre cuentos e historias, sobre relatos y narrativas, como suele decirse ahora. Las de un grupo de autores que desarrollaron parte de su obra en dos décadas cruciales, las que van de 1990 a 2010, cuando se plantearon en España polémicas públicas sobre estos temas, de manera nada diferente a como venía sucediendo hacía ya años en otros países europeos como Francia, Italia o Alemania. La autora deja clara desde el principio su posición en estos debates, lo cual es de agradecer. Por un lado, crítica con las interpretaciones modélicas de la Transición, por otro alejada de los postulados teóricos, posestructuralistas, de la crítica cultural de lo que se ha llamado la «Cultura de la Transición (CT)» y el «Régimen del 78». Sobre todo por cuanto esta tiene de homogeneización de un periodo ignorando sus conflictos internos y su evolución, una cultura considerada en bloque, con límites para la inclusión y definida por un consenso fundacional. Las dos, al fin y al cabo, comparten el mismo relato de la historia español-

la como fracaso, aunque una con una redención realizada en la Transición, la otra con una todavía por venir.

Así, los libros de Juan Marsé, Rafael Chirbes, Antonio Muñoz Molina, Almudena Grandes y Javier Cercas tienen distintas maneras de tratar el pasado, fruto de sus distintas biografías, posiciones ideológicas y opciones estéticas. Si Marsé, nacido en 1933, e incluso Chirbes, nacido más de una década después, escriben desde una memoria personal, el testimonio de la experiencia de la guerra y la posguerra, Muñoz Molina, Grandes y Cercas, nacidos entre 1956 y 1962, lo han hecho desde la «posmemoria» de la siguiente generación, hija de la modernización y el cambio social, pero ligada sentimentalmente a ese pasado traumático. Además, estos últimos han acogido las demandas de memoria de la generación posterior de los «nie-tos», lo que en parte podría explicar su opción estética por un realismo didáctico, con raíces profundas en la narrativa española (la mención galdosiana parece casi inevitable), aunque, como explica la autora, ello les aleja de las tendencias dominantes en otras literaturas nacionales, más en la línea de la metaficción historiográfica al estilo de Javier Cercas o Isaac Rosa.

En cuanto a las posiciones ideológicas respectivas, hay en todos estos autores una voluntad de lucha contra el olvido de los derrotados y exiliados tras la guerra y las víctimas anónimas de la represión, considerando este olvido como una ulterior victoria del «memoricidio» franquista. Marsé y Almudena Grandes firmaron en 2006 el manifiesto «Con orgullo, con modestia y con gratitud» reivindicando el legado político, cultural y moral de la Segunda República, en la línea del movimiento asociativo por la Memoria Histórica, del que también participaba Chirbes. Una República desmitificada en la obra de Antonio Muñoz Molina, en particular su monumental novela *La noche de los tiempos*, cuyo protagonista se convierte más bien en el paradigma de una burguesía republicana modernizadora que acabó siendo sobrepasada a su izquierda por la violencia revolucionaria y aniquilada por la reacción clerical,

conservadora y fascista desde la derecha. Muñoz Molina siente la nostalgia de una «tercera España» que solo con la Transición tendría una realización política, aunque parcial y ulteriormente degradada (*Todo lo que era sólido*, 2013).

Más complejo es el caso de Javier Cercas y *Soldados de Salamina*, un éxito internacional interpretado en casa como un emblema del «espíritu de la Transición», por su llamamiento a la reconciliación, con una sobredosis de sentimentalismo y con la diferencia de que su técnica posmoderna de metaficción historiográfica reflexiona sobre los confusos límites entre la historia y la ficción. Javier Cercas parece buscar una verdad moral, aunque en este libro parece encarnarse en el miliciano Miralles, que perdonó la vida al fascista Sánchez Mazas, mientras que en la posterior, *El monarca de las sombras* (2017), estaría en una idea justa –la lucha por la democracia– por encima de los acontecimientos e individuos concretos. En suma, este de Sara Santamaría Colmenero es un libro necesario y sugerente, además de útil para guiarse por los debates recientes en la esfera pública, la construcción de imaginarios sobre el pasado y su uso político en el presente.

Javier Muñoz Soro  
Universidad Complutense